

El callejón de la inseguridad

Política, administrar miedos de los otros.

Por: Edgar Gutiérrez

Dos crisis –económica y de seguridad– se han cruzado. En el debate sobre la terapéutica ganan los enfoques excluyentes, y ahí la seguridad tiene primacía. El tratamiento de la crisis económica sale de foco: entre más importante es una trama, menos visible resulta. Los reflectores están sobre la emergencia: la matanza de pilotos, la demencial pila de muertos que se acumula a diario, las extorsiones por doquier, los secuestros continuados, asaltos y robos multiplicados.

Si la crisis económica trae bajo el brazo malas noticias (caída del turismo y de la inversión, y sus efectos directos inmediatos: desempleo y precariedad de ingresos familiares), el cuadro de la inseguridad empeora las cosas. El reforzamiento mutuo de las dos crisis lleva a un tercer escenario crítico: el social. Las pérdidas y sobre costos derivados de la inseguridad, las restricciones al desplazamiento de las personas, el gravoso esfuerzo de organización del vigilantismo en barrios y comunidades, y los problemas de salud en que desemboca ese clima de tensión, condicionan actitudes, percepciones y relaciones, dándoles apellidos indeseables: miedo colectivo, desconfianza, agresividad, depresión.

Eso conduce al escenario de la escenificación mediática, propio de la política. Los políticos, que tratan de interpretar la psicología social alterada por la triple emergencia, quieren dar respuestas contundentes, demostrativas y golpes de efecto. Es natural, están pensando en ganar titulares y en las próximas elecciones. No orientan ni cierran filas para promover una política de seguridad, sabiendo que el poder público debe ser dotado de los instrumentos pertinentes. Y que si bien puede haber buenas ideas para mitigar la gravedad del problema, no se saben aplicar. Política también es administrar los miedos de los otros, pero cuando ofrece soluciones que, a la postre, forman parte del problema, se convierte en otro campo de la crisis, como ahora.

Por eso la táctica que se impone a todos los actores es la de capear el temporal, mientras en cada uno de los campos críticos hay ciertos elementos que se van endureciendo tras la penumbra del reflector. El mercado atrincherado, los miedos exacerbados, la política crispada. Así, la sociedad bajo sitio necesita sentirse segura, y quiere identificar símbolos intimidatorios para enfrentar aquello que se teme. La inseguridad mete a la democracia en un callejón.